

Historia y mito: la “verdadera” muerte de Moctezuma II



PATRICK JOHANSSON K.

Desde el momento en que se produjo, el fin trágico de Moctezuma y de su imperio hizo correr mucha tinta. En efecto, la búsqueda de una verdad “objetiva” que diera cuenta de lo acontecido incitó a cronistas e historiadores a indagar sobre las circunstancias controvertidas de la muerte del *tlatoani* mexica. Desde el principio se opusieron la verdad del vencedor y la del vencido y no solamente en relación con la veracidad de lo ocurrido sino en términos axiológicos y epistemológicos, en lo que representan tanto la muerte como la verdad para cada uno de los beligerantes.

La manera de morir no es, para el español del siglo XVI, más que un parámetro circunstancial que no atañe al destino escatológico del occiso. Es el comportamiento existencial, considerado desde el punto de vista moral, el que determina dicho destino. Morir acuchillado, estrangulado o ahogado, si bien tiene connotaciones de índole ética, no afecta el hado *post mortem* del europeo. El morir trasciende su marco circunstancial. En cambio, en el mundo indígena, el verbo *morir* no se puede desprender de sus predicados circunstanciales, ya que es precisamente esta *manera* de morir la que determina el lugar donde irá a parar el difunto. El verbo y sus complementos modales forman un bloque inseparable y el hecho de que Moctezuma haya muerto de una manera o de otra cobra una importancia “vital”.¹

Por otra parte, en el marco cognitivo español, la objetividad en la relación de los hechos garantiza una percepción veraz de lo sucedido, lo que diferencia notablemente el concepto indígena de *verdad* de su homólogo europeo. En efec-

to, en su búsqueda de la verdad, el indígena trasciende la manifestación fenoménica del acontecer y se remonta hasta su origen “radical” ubicado en la dimensión atemporal del mito.

La verdad indígena

El criterio occidental de *verdad* tiene, desde el siglo XVI, y más aun para lo que concierne a lo histórico, un carácter fenoménico. Lo verdadero es lo que se manifiesta de manera tangible y, cuando se trata de la historia, lo que *fue* realmente, con todas las contingencias modales y circunstanciales que envolvieron el *hecho*. La verdad occidental se desprende del sujeto que la concibe y busca ser *objetiva*.

La idea indígena de *verdad* es distinta. Como lo indica la etimología náhuatl para *raíz*, la verdad indígena es *radical*. En efecto, dentro del vocablo náhuatl *nelhuayotl*, ‘raíz’, encontramos el radical *nel(-li)*, ‘verdad’, o, dicho de otro modo, la palabra náhuatl para *raíz* está estructurada en torno al eje conceptual *verdad (nelli)*. *Nel(-li)*, ‘verdadero’, es de hecho el único lexema del compuesto *nel-hua-yotl*. Los otros elementos, *-hua* y *yo(tl)*, son morfemas, respectivamente, que significan presencia y abstracción. Literalmente, *nel-hua-yotl* es “lo que entraña lo verdadero”.

Sea como fuere, la mentalidad indígena náhuatl realizaba una fusión semántica entre los conceptos de *raíz* y *verdad*. La verdad está en la raíz, en el fundamento mismo del orden cultural establecido.

En este contexto, la verdad indígena alimenta el cuerpo colectivo como la raíz nutre la planta. Ésta toma de la madre-tierra los ricos minerales que transforma en savia vital. Del

¹ Lo que podría parecer un oxímoron no lo es en el contexto cultural precolombino, ya que la muerte indígena, si bien significa el fin de una existencia individual, no es más que una diástole en el eterno latido de la vida.

mismo modo, la verdad indígena se vincula con la esencia mediante un umbilicalismo *radical*. La existencia se retroalimenta constantemente en el subsuelo *esencial* sin desprenderse nunca de él. Por lo tanto, el *ethos* náhuatl y el marco cognitivo que le corresponde no admiten una verdad “objetiva”, desarraigada, independiente, sin vínculos con los niveles esenciales del ser.

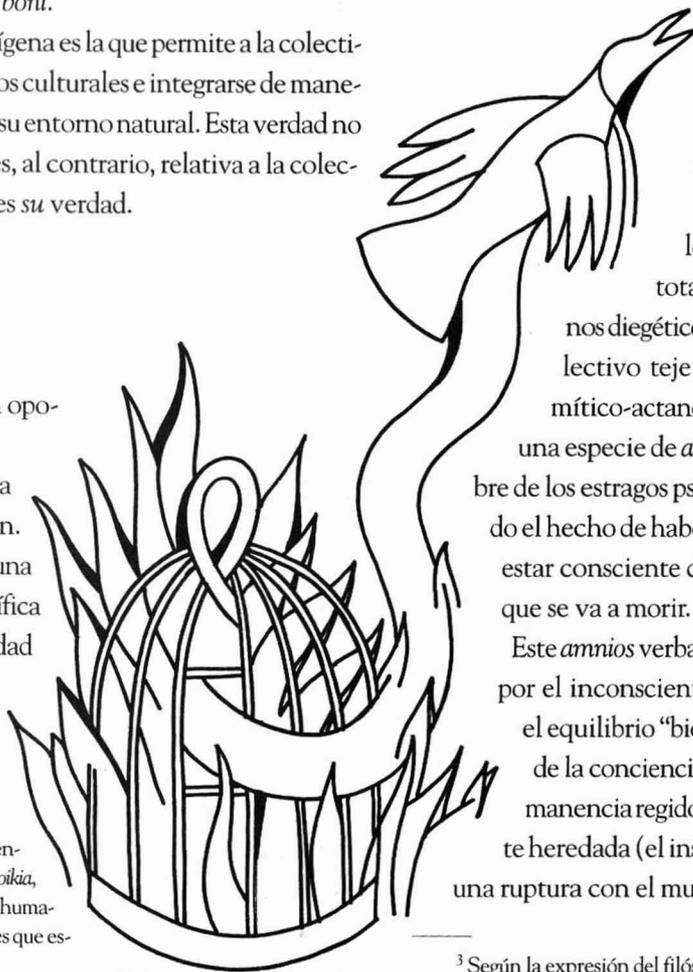
A diferencia del *logos* occidental, que establece el principio de no contradicción y opone lo verdadero a lo falso como términos excluyentes de una dicotomía lógica, la cognición indígena considera como *verdad* lo que permite el desarrollo óptimo y armonioso de una colectividad o un individuo en el espacio-tiempo donde se integran. La verdad en este contexto no se opone a una *no verdad* que la contradice de manera dialéctica. De hecho en la mentalidad indígena náhuatl los entes negativos no tienen un estatuto conceptual propio sino que se expresan mediante términos que indican una ausencia de los positivos. Por ejemplo *nunca* en náhuatl es literalmente ‘no cuando’: *aic* o *amo queman*; *nada* es ‘no algo’: *àtle*; *nadie*, ‘no quien’: *a(y)ac*. *Malo*, o su sustantivación conceptualmente inducida por los españoles: *el mal*, *àcualli* o *amocualli*, literalmente ‘no bien’ o “no bueno”, es, como para san Agustín, una *privatio boni*.

La verdad radical indígena es la que permite a la colectividad florecer, dar sus frutos culturales e integrarse de manera armoniosa, *ecológica*,² a su entorno natural. Esta verdad no es ni quiere ser absoluta; es, al contrario, relativa a la colectividad que la establece; es *su* verdad.

Logos y mythos

El *logos* y el *mythos* suelen oponerse en la mentalidad occidental contemporánea como la verdad a la ficción. El primer término expresa una modalidad reflexiva específica que busca establecer la verdad de las cosas, mientras que el segundo denota generalmente lo imaginario o

² Recordemos que *ecología* entraña, etimológicamente, en griego, *oikía*, ‘la casa’, es decir el establecimiento humano en la tierra, con todos los límites que eso implica.



lo quimérico, por no decir lo falso. Hasta los exégetas trascienden el ámbito religioso judeo-cristiano para asimilar el Verbo al *logos* helénico. En este contexto, la conocida frase liminar del Génesis: “En el comienzo era el Verbo...”, reduce la divinidad a la estructuración lógica que la expresa.

Esta asimilación del verbo al *logos* parece, sin embargo, ignorar una forma de cognición más directamente vinculada con el mundo, más “simbiótica”, en la que el *sujeto* conocedor comulga prácticamente con el *objeto* por conocer mediante esquemas de acción narrativa que evitan la mediación reflexiva. Esta cognición se manifiesta en el mito. Antes de que hubiese un *logos* existía un *mythos*, y los primeros balbuceos cognitivos del hombre fueron de índole “mito-lógica” y nada tenían que ver con la mayéutica reflexiva característica del pensamiento griego sobre el cual se calcó el pensamiento occidental.

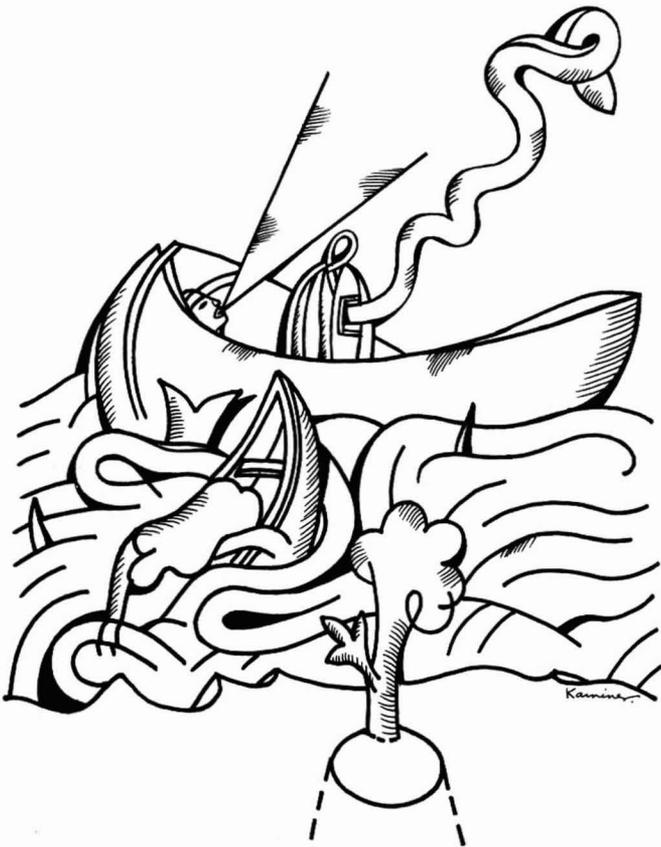
“En el comienzo era el mito...” podríamos decir, puesto que las primeras manifestaciones de la trascendencia existencial del hombre mediante la función simbólica, y que lo consagran como tal, se expresan en el mito.

Si bien el mito, como cualquier cognición trascendental, representa una salida de la totalidad immanente del mundo,

mantiene sin embargo una cierta forma de umbilicalismo sensible con la dimensión esencial. En el mito no existe la fragmentación conceptual operativa de la reflexión sino que todos los “datos” se ven integrados a una totalidad que los “procesa” en términos diegéticos (narrativos). El inconsciente colectivo teje progresivamente una envoltura mítico-actancial (es decir, de acción narrativa), una especie de *amnios* verbal que protege al hombre de los estragos psíquicos que podrían haber causado el hecho de haber “nacido al mundo”,³ es decir de estar consciente del hecho de existir, y el de saber que se va a morir.

Este *amnios* verbal “secretado” casi orgánicamente por el inconsciente colectivo tiende a restablecer el equilibrio “bio-lógico” alterado por la irrupción de la conciencia humana en un mundo de la immanencia regido por una cognición genéticamente heredada (el instinto) que no implicaba todavía una ruptura con el mundo.

³ Según la expresión del filósofo francés Maurice Merleau-Ponty.



El orden (o desorden) precultural es generalmente considerado a nivel mítico como un paraíso, un edén, y la irrupción del hombre en la dimensión existencial como una expulsión de una esencia, de un vientre materno. De hecho, la filiación etimológica del verbo *existir*: *ex-stare*, 'estar fuera', expresa claramente el carácter excluyente del paso del antropoide al estado de hombre.

El conocido mito de la expulsión de Adán y Eva del paraíso expresa diegéticamente el carácter trágico del nacimiento del hombre *al* mundo en un momento de la evolución, y la relación estrecha que une la conciencia y la existencia. En términos antropológicos, el hombre nació cuando adquirió la función simbólica que le permitió ser y verse en el acto de ser. Antes de ese momento el antropoide vivía de manera simbiótica con el mundo y no se distinguía de él, ya que la cognición genéticamente heredada que le permitía adaptarse a los determinismos biológicos, el instinto, no le permitía trascender su situación inmanente dentro de este mundo. Ya dotado con la herramienta simbólica, el hombre sabe que es y por lo tanto *existe*. Se encuentra en este doloroso exilio fuera de la esencia que se llama existencia.

Adán y Eva fueron expulsados de los jardines del edén porque habían cometido el pecado sexual y porque habían cortado el fruto del árbol del conocimiento y, por lo tanto, entre otras cosas, porque sabían lo que era amar y morir. La primera cara del pecado original corresponde de manera iso-

mórfica a una realidad biológica: la reproducción sexuada en los seres vivos implica la muerte de los progenitores. En efecto, la reproducción de seres unicelulares, como las bacterias, por esciparidad permite la duplicación de los programas genéticos y por ende una especie de eterna proliferación sin muerte ni desecho. Si no hubiera sexo no habría muerte.

Por otra parte es el hecho de pensar la muerte y representarla simbólicamente lo que la hace *existir*. En náhuatl el verbo *pensar* está vinculado etimológicamente con el verbo *existir*. *Pensar* (*nemilia*) está compuesto por el verbo *existir* (*nemi*) más un sufijo aplicativo (*-lia*). Pensar es en este contexto proceder al acto de existir. Conviene aquí distinguir cuidadosamente el *ser* y el *existir*. El postulado cartesiano se podría aplicar aquí, aunque no como prueba ontológica. "Pienso, luego existo." Si no pensara, *sería*, como la planta o el animal, en términos biológicos, mas no *existiría*. En este contexto, la muerte *sería*, en los mismos términos, mas no *existiría*. Es el acto de pensar la muerte lo que la hace existir y el texto cristiano no hace más que expresar este hecho en el plano mítico. Los hombres morirán *al* mundo puesto que ya pueden pensar la muerte.

El *ser existente* expulsado de la cálida intimidad esencial y arrojado al frío exilio existencial mediante la función simbólica se abriga con el tejido mítico-verbal, el cual, a la vez que lo protege y lo vincula de un cierto modo (religioso) con la esencia (el paraíso perdido), da un *sentido* a su existencia.

Una vez realizado el desdoblamiento ontológico mediante la función simbólica en *ser que es* y *ser que se ve en el acto de ser*, el hombre se interroga. Las interrogantes todavía muy difusas, todavía "somáticas", verdadera comezón cognitiva que dista mucho de constituir una reflexión, se cuelan "inmediatamente" en moldes actanciales de índole diegética. Es como si la respuesta mítica se estructurara espontáneamente sobre su raíz inquisitoria. No hay todavía ruptura entre la pregunta y la respuesta.

El mito: una supravacidad

Profundamente arraigado en la dimensión sensible del ser, el mito prolifera en una verdadera arborescencia actancial que estructura su espacio cognitivo. Desde los esquemas primitivos (subir/bajar, avanzar/recular) hasta los programas narrativos más complejos, una misma savia cognitiva nutre la enramada mítica.

La estructuración diegética de todo cuanto el hombre siente o percibe permite la fusión de una estela de "datos

en una fragua textual que forja una cognición sensible. La característica esencial de esta última es la de "totalidad", la cual se opone notablemente a la fragmentación cognitiva occidental. En la cognición indígena cada dato o acontecimiento se ve integrado a esta totalidad que lo procesa hasta asimilarlo a la trama existente. Para poder integrarse, el dato o acontecimiento sufre generalmente cambios formales. La *objetividad* de los hechos "reales" se ve funcionalmente refractada por el prisma de una *subjetividad* que asimila los hechos a la totalidad cognitiva.

En el mito, el desorden pulsional, endógeno, se organiza en relato y permite el "drenaje" funcional de estas interrogantes todavía muy somáticas que son las pulsiones.⁴ La observación de los fenómenos naturales también se interioriza y se integra a la dinámica relacional del mito. Por fin, los acontecimientos pretéritos pierden su carácter objetivo para colarse en los moldes preestablecidos de la subjetividad mítica. Se despojan de sus contingencias, se subliman, para que lo que *fue* corresponda a lo que *debió ser*. La dimensión atemporal e infinitiva del *ser* es la que determina la percepción del pasado indígena y el único lugar donde se puede realizar esta transmutación de lo "real" en verdad eterna o más bien atemporal es el texto mítico. Cuando los hechos y acontecimientos se traman en mito se crean los nexos indígenas desentido. Antes de esto son elementos "incoherentes". Sólo la trama actancial de un relato puede organizar "mito-lógicamente" los hechos en cognición.

En este contexto, la verdad histórica tal y como la conceptualizamos hoy en día, si bien es pertinente en lo que concierne a los anales, las genealogías, matrículas de tributos y otros géneros precolombinos donde impera la realidad de los hechos, no constituye un criterio para la estructuración indígena del sentido.

La muerte de Moctezuma II

Las divergencias que existen en torno a la muerte del último *tlatoani* mexica debidamente elegido, Moctezuma Xocoyotzin, expresan claramente esta oposición entre el registro histórico de los acontecimientos pretéritos y su asimilación actancial en una totalidad cognitiva que debe "digerirlos".

En el primer caso, la concatenación de hechos consecutivos y consecuentes se expresa mediante un discurso transparente que busca referir lo que realmente ocurrió. Si bien el

cronista que escribe propone una interpretación de los hechos en función de los datos que tiene, su discurso historiográfico no pretende "componer" la historia, sino expresar la lo más fielmente posible. Entre los acontecimientos y su representación discursiva la distancia ha de ser mínima.

En este contexto, la cognición es una herramienta al servicio de la verdad histórica. Una descripción exacta de los hechos debe anteceder toda interpretación.

Para los indígenas, la objetividad histórica que permite una reflexión sobre hechos reales no constituye siempre un paradigma funcional de cognición. En un mundo donde prevalece el movimiento cíclico, donde el presente y el futuro se encuentran potencialmente presentes en su matriz pretérita, eternizada o más bien atemporalizada por el mito, los hechos se traman en ficción, pero una ficción que busca trascender la circunstancia particular del hecho para integrarse a una totalidad cognitiva donde "radica" la verdad profunda de un pueblo.

a) *Los hechos históricos*. Las fuentes históricas divergen considerablemente en cuanto a las circunstancias precisas de la muerte de Moctezuma. Para la mayoría de los cronistas, el *tlatoani* mexica murió a consecuencia de una pedrada; para otros, fueron los españoles quienes lo mataron. El padre Acosta al narrar los acontecimientos presenta las dos versiones. La primera indica que Moctezuma fue herido por gente de su pueblo, rechazó cualquier atención médica y buscó deliberadamente la muerte.⁵ La segunda sitúa el acontecimiento durante la huida catastrófica de los españoles: "Los indios de México afirman que no hubo tal ... Al rey Motezuma hallaron muerto, y pasado, según dicen, de puñaladas; y es su opinión que aquella noche le mataron los españoles, con otros principales."⁶

Durán confirma esta última interpretación apoyándose en pinturas indígenas que tuvo a su alcance.⁷

Por su parte, Cervantes de Salazar, como muchos otros historiadores, se atiene a la versión de la pedrada. Cuando aparece Moctezuma en la azotea para aplacar la ira de sus súbditos, éstos, después de haberlo escuchado un momento, lo insultan:

"Calla, bellaco, cuilón, afeminado, nacido para tejer y hilar y no para rey e seguir la guerra: esos perros cristianos que tú tanto amas te tienen preso como a macegual, y eres una gallina; no

⁴ En el sentido que dieron Freud y Jung a este término.

⁵ Acosta, p. 369.

⁶ *Ibid.*, p. 370.

⁷ Durán, p. 556.

es posible sino que éstos se echan contigo y te tienen por su manceba." Diciéndole estos y otros muchos denuestos, volvieron al combate, tiraron a Motezuma y a los cristianos muchas flechas y piedras, e aunque un español tenía cuidado de rodela a Motezuma quiso su desgracia que le acertó en la cabeza hacia la sien una pedrada.⁸

Nada permite eliminar esta divergencia y establecer cuáles fueron los hechos en el plano de la historia. Ambas versiones son verosímiles y se justifican.

b) *La trama mítica.* Para que la muerte de Moctezuma se pudiera tramar, los hilos fenoménicos (lo que pasó) tuvieron que enredarse con otros, ficticios, creándose así nexos de sentido que correspondían a lo que *debía ser*. A partir de los datos dispersos de la realidad y con base en un modelo ejemplar existente, se tramó el texto mítico. Dicho texto no es, como la descripción histórica, una herramienta cognitiva al servicio de la verdad, sino el lugar mismo donde la pluralidad fenoménica del acontecer existencial *se hace* verdad esencial. Es en el texto donde se trama la verdad. Ésta es inmanente al texto que la produce.

El destino de Moctezuma, cualquiera que haya sido, no puede ser para la cognición indígena el resultado de una dialéctica histórica, como lo sería para un historiador contemporáneo, y mucho menos un hecho incidental, pues tiene que integrarse a una totalidad mítica que lo produzca y lo justifique.

A partir del momento en que el hecho se produjo y hasta el momento en que fue recopilado el texto mítico, la muerte de Moctezuma se hiló progresivamente con distintos augurios, textos proféticos que anunciaban el derrumbe del imperio a causa de la soberbia del *tlatoani* mexica y su supuesta intención de huir de este mundo para escapar a su inexorable destino. Con fundamento en el hecho consumado, se reestructuró en la memoria colectiva el texto que se venía tejiendo, se ajustaron los augurios en función de lo ocurrido, la "culpa" de Moctezuma se definió con más precisión en términos narrativos y, sobre todo, lo ocurrido se adecuó al modelo ejemplar de lo que debía ser y que la colectividad indígena ya había producido en el nivel mítico.

El modelo ejemplar del derrumbe de un imperio y de la muerte de su rey en el contexto cultural náhuatl lo constituye la gesta del rey Huemac, la cual establece en la atemporalidad del mito el porqué y el cómo se acaban los imperios indígenas.

La ruina de Tula y el suicidio de Huemac en Cincalco: un modelo ejemplar

Por falta de espacio, nos limitaremos aquí a enunciar las unidades actanciales del mito:

—Huemac sucede a Quetzalcóatl en el trono de Tollan.

—Huemac comete una falta con las *cihuatlacateco*lo, 'mujeres demonios', que lo engañan.

—"Venían las 'mujeres demonios' y Tezcatlipoca del 'lugar de los zapotes'".

—Deja Huemac de desempeñar el papel de Quetzalcóatl y lo sustituye Cuauhtli.

—Los toltecas padecen una gran hambruna.

—Se instauran con Huemac los sacrificios humanos.

—Hubo muchos portentos en Tollan.

—En el año 1-pedernal se dispersan los toltecas.

—Se fueron a Cincoc, 'el lugar del maíz'.

—Huemac quiere entrar a la cueva de Cincalco. No puede hacerlo.

—Después de estas y otras tribulaciones, Huemac se ahorca:

7-conejo. En este año se suicidó Huemac allá en Chapultepec, Cincalco. En este año 7-conejo se vinieron a acabar los años de los toltecas. Durante siete años anduvieron por todas partes de pueblo en pueblo.

Allá se fueron a instalar, se fueron a establecer durante 339 años allá estuvieron.

Y, en el año 7-conejo él, Huemac, se suicidó, se ahorcó. Allá se desesperó, allá en la cueva de Chapultepec.

Primero lloró de tristeza porque ya no iba a ver a los toltecas que allá se acabaron. Luego se mató.⁹

El fin del imperio mexica y la muerte de Moctezuma II

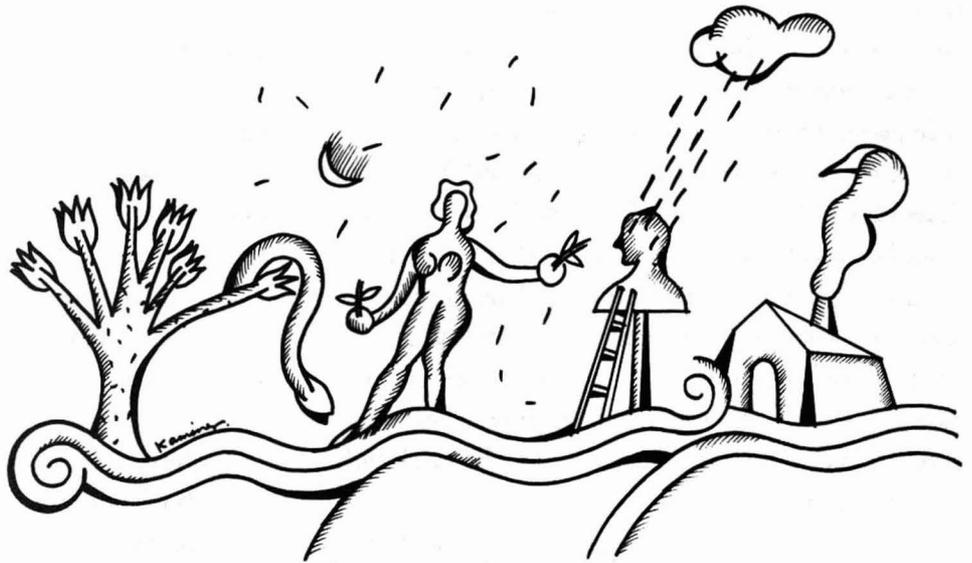
Es a la luz de los acontecimientos presentes, en un movimiento retrospectivo hacia lo que "ya se sabía", como se definen los elementos que hicieron germinar este presente. En el caso aquí referido, si llegaron los españoles es que *tenían* que haber llegado.

Las profecías. Según las fuentes, el rey nigromántico de Texcoco, Nezahualpilli, había prevenido a Moctezuma respecto al sombrío porvenir que se vislumbraba:

⁸ Cervantes de Salazar, p. 480.

⁹ Cfr. *Anales de Cuauhtitlan*, en Lehmann y Kutscher, pp. 109-110.

Poderoso y gran señor, mucho quisiera no inquietar tu ánimo poderoso, quieto y reposado, pero fuérame la obligación que tengo de te servir y darte cuenta de una cosa extraña y maravillosa, que, por permiso y voluntad del señor de los cielos, de la noche y el día y del aire, ha de acontecer en tu tiempo. Por lo cual, debes estar avisado y advertido y con mucho cuidado, porque yo he alcanzado por cosa muy verdadera que de aquí a muy pocos años, nuestras ciudades serán destruidas y asoladas; nosotros y nuestros hijos, muertos, y nuestros vasallos, apocados y destruidos. Y de esto no tengas duda.¹⁰



Otro día, una piedra que se intentaba traer a México para tallar en ella un *temalacatl*, habló portentosamente y presagió también lo que pronto iba a acontecer. Dicha piedra señaló además la causa del derrumbe de México: la soberbia de Moctezuma, quien “se ha querido hacer más que el mismo dios”.

La “culpa” de Moctezuma. Prospectivamente o retrospectivamente, el fin apocalíptico del imperio mexica debe tener una causa. En el horizonte mítico se perfilan los ejemplos de Quetzalcóatl, que tiene que dejar Tollan por haber roto su penitencia, y el de Huemac, que va a Cinalco por haber “pecado” con mujeres infernales. Con base en estos ejemplos, poco a poco, la falta de Moctezuma se urde en los textos indígenas para justificar la trama.

La soberbia “prometeica” de Moctezuma parece ser el móvil esencial de la destrucción de México-Tenochtitlan. Además del portento de la piedra, la tradición indígena conservó un mito en el cual Huitzilopochtli, mediante el águila, advierte a Moctezuma sobre los peligros de su conducta:

subióse el rey Moctezuma a una azotea alta de su palacio, y mirando a todas partes vido hacia la parte de Tezcuco una nube blanca que subía hacia el cielo: estúvola mirando, y lo que significó fue, que estando arando un indio en el cerrillo de Coatepec, vino una águila y sin sentirlo ni verlo el indio, le asió de los cabellos y lo llevó encima de un cerro alto, y repentina-

mente lo metió en una sala, la mejor que jamás había visto, y no vio a la propia águila, sino un principal gran señor, y díjole: ven acá, no tengas temor; toma esta rosa y este perfumador, huélgate, pero mira cuál está aquí tendido Moctezuma borracho perdido, y no sabe de sí, hiérole en un muslo, mira que te torno a decir que lo hieras, no aprovecha, hiérole, que no sabe de sí: entonces lo hirió en un muslo, recio. Dijo el principal: ¿ves cómo no tiene sentido, de borracho perdido que está? Pues no siente el fuego con que le quemaste, pues ve ahora al mundo y dile lo que te dije de que lo hirieras en su muslo, y dile que cese ya lo que ahora está haciendo, que ya es acabado su término, que él lo buscó por sus manos, que tal prisa dio a su voluntad y deseo.¹¹

La huida de Moctezuma a Cinalco. Para escapar a su destino o para seguir el modelo ejemplar que estableció Huemac, Moctezuma decide huir a uno de los lugares del inframundo: Cinalco, ‘la casa del maíz’, es decir suicidarse. No podemos aducir aquí el texto del mito y nos limitaremos a enunciar sus “momentos fuertes”. Remitimos al lector a otra publicación para un análisis detallado.¹²

Una vez tomada la decisión, Moctezuma inicia el “trámite” ritual para ser recibido en este espacio-tiempo telúrico regido por Huemac. Reúne a unos hechiceros, los únicos habilitados para un descenso (chamánico) dentro de la muerte, manda sacrificar y desollar unos esclavos, así como preparar obsequios de xolos (esclavos). La entrada a Cinalco, como el acceso a Mictlan, implica sortear distintas pruebas iniciati-

¹¹ Alvarado Tezozómoc, p. 669.

¹² “Moctezuma II. Crónica de una muerte anunciada”, en *Caravelle. Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien*, Université de Toulouse-Le Mirail (en prensa).

¹⁰ Durán, t. II, p. 459.

cas. Los enviados de Moctezuma tendrán que regresar cuatro veces antes de que éste pueda ser admitido en dicho lugar.

En la primera fase de lo que representará probablemente después un ritual mortuorio correspondiente a una muerte por suicidio, el guía es una encarnación del dios Xipe Totec: Totec Chicahua(c), 'nuestro señor fuerte'. Huemac no acepta recibir a Moctezuma, pregunta cuál es la pena que lo embarga y manda a los enanos de regreso al mundo con toda suerte de legumbres. Dichos enviados se ven "castigados" y apedreados en el contexto del mito, lo que corresponde quizás en el ámbito ritual al sacrificio solemne de hechiceros, corcovados y esclavos que desempeñan ritualmente los roles establecidos por el mito.



Manda el *tlatoani* mexica una segunda expedición a Cincalco, con los mismos presentes y la respuesta a la pregunta de Huemac: "que la pena que tiene es que al tiempo que quería fenecer Nezahualpilli dijo ciertas cosas que le dan gran pena; que no se sosiega ... y quiere saber lo que va a devenir sobre él".

El ciego Ixtepetla es el guía de esta segunda embajada a Cincalco, lugar del inframundo cuya descripción se ve claramente interpolada por los recopiladores o transcritores del mito. Cincalco, lugar de deleites eternos, está descrito como si fuera el infierno cristiano.

El resultado de esta segunda embajada es también negativo: Huemac insta a Moctezuma a gozar de sus bienes terrenales y le niega la entrada a Cincalco.

Después de haber mandado ejecutar a los enviados que regresaban con la mala noticia, Moctezuma manda a dos acolhuas o, según Durán, a dos de sus "principales más allegados".

La soberbia y la crueldad son, según Huemac, las faltas que provocarán el derrumbe del imperio mexica y la muerte de Moctezuma. Esta vez Huemac accede a la petición del *tlatoani* y le impone un ayuno y penitencia de ochenta días.

Los dos acolhuas se ven premiados por la buena noticia mientras que:

así poco a poco el rey Moctezuma iba dejando el mundo y su soberbia; iba dejando las comidas y bebidas, las flores, los perfumaderos galanos, todo lo iba dejando; hasta de todos sus vestidos no se preciaba, ni ricas mantas, ni usaba de real estrado, que solo se andaba, hasta cumplir los ochenta días de ayuno y penitencia.¹³

Al terminar los ochenta días de penitencia de Moctezuma, la última embajada llega a Cincalco para recibir órdenes de Huemac. Éste cita al rey cuatro días después, en Chapultepec, en un lugar llamado Tlachtonco: "Entendido esto Moctezuma tomó mucho consuelo; luego a otro día mandó a los xolos esclavos, y a los enanos y corcovados, que tuviesen la mira en Chapultepec."¹⁴

Al haber cumplido Moctezuma con la penitencia, Huemac viene por él, para llevarlo a Cincalco. El *tlatoani* y su gente van al encuentro provistos de lo necesario para la ceremonia.¹⁵

Todo está listo para que Huemac se lleve a Moctezuma a Cincalco, es decir para que se realice solemnemente el suicidio por ahorcamiento.

Sin embargo, en ese momento Tzoncoztli, llamado también por Durán Texiplotl, semejanza de Huitzilopochtli, despierta y, aconsejado por el dios, corre hacia Tlachtonco para impedir lo que está a punto de suceder.

Las relaciones transtextuales entre el relato de la "huida" de Moctezuma, la gesta de Huemac y la narración de los hechos históricos definen una estructuración propiamente indígena de lo que fue en lo que debió haber sido. La llegada de los españoles y el fin de Moctezuma se ven integrados a un texto que produce una verdad *esencial*, la única que puede vincular los determinismos aleatorios de la historia con la dimensión profunda del ser.

¹³ Alvarado Tezozómoc, p. 676.

¹⁴ *Ibid.*, p. 677.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 677-678.

En el cuadro que presentamos, reunimos los elementos principales que enlazan el destino de Moctezuma con el de Huemac.

Moctezuma	Huemac
Toma el asiento de Quetzalcóatl en México-Tenochtitlan.	Toma el asiento de Quetzalcóatl en Tollan.
Lo engañan los españoles.	Lo engañan las mujeres-demonios.
Acusan a Moctezuma de ser la "manceba" de los españoles.	Tiene ayuntamiento con las mujeres-demonios.
Vienen los españoles del este.	Vienen los "demonios" del lugar de los zapotes (sur).
Asentaderos de hojas de zapote.	"Lugar de los zapotes".
Deja de ser <i>tlatoani</i> . Lo sustituyen Cuitláhuac y luego Cuauhtémoc.	Ya no desempeña el papel de "Quetzalcóatl". Lo sustituye Cuauhtli.
Rey cruel.	Instaura el sacrificio humano.
Soberbio. Ama las riquezas.	Soberbio. Desprecia los alimentos y prefiere las riquezas.
No puede entrar a Cinalco.	No puede entrar a Cinalco.
Presagios que auguran el fin de México.	Presagios que auguran el fin de Tollan.
Se angustia.	Se desespera.
Acaba su reino.	Acaba su reino.
Quiere entrar a Cinalco.	Entra a Cinalco.
Quiere ahorcarse.	Se ahorca.

La diferencia esencial entre ambas gestas radica en el hecho de que Moctezuma, sólo por una veleidad, no logró entrar a Cinalco y suicidarse, mientras que Huemac lo realizó plenamente.

Cervantes de Salazar evoca la voluntad de Moctezuma de morir:

Bajó a su aposento, echóse a la cama; la herida no era mortal, pero afrentado y avergonzado de los suyos que como a dios le obedecían, estuvo tan triste y enojado cuatro días que vivió, que ni quiso comer ni ser curado ... jamás consintió paños

sobre la herida, y si se los ponían quitábaselos muy enojado, procurándose y deseándose la muerte.¹⁶

Si bien los datos históricos son inciertos, el mito viene a consolidar las versiones según las cuales Moctezuma habría muerto a consecuencia de sus heridas, dejándose morir. El hecho de que su cremación y su entierro se hayan realizado en Chapultepec, según lo sugiere Cervantes de Salazar, es decir en Hueymacco, 'lugar de Huemac', en la cueva de Cinalco, tiende a confirmar esta hipótesis.

La intervención de Tzoncoztli, semejanza de Huitzilopochtli, quien impide dicho suicidio, podría también expresarse en el nivel mítico lo que ocurrió en la realidad: Moctezuma quería dejarse morir con la herida, lo que constituye un suicidio "pasivo", conforme al modelo ejemplar, pero los españoles lo impidieron y lo apuñalaron antes de salir de México.

Conforme daba vueltas la rueda inexorable de la historia, se urdía la trama que daba un *sentido* a la muerte de Moctezuma, integrándola a esquemas míticos preestablecidos. Nunca sabremos, quizás, con certeza, cuáles fueron las circunstancias en las que murió el rey mexicana, pero los textos aquí aducidos expresan cuál era la muerte indígena que correspondía a la trágica vida del último *tlatoani* de un imperio que llegaba a su fin.

Es muy probable que Moctezuma II ande ahora en los espacios deleitosos de Cinalco y que los elotes, en cada cosecha, contengan un poco de su espíritu. Si no es así, es que los conquistadores, además de haberle quitado su reino y su vida, lo despojaron también de su muerte. ♦

Bibliografía

- Acosta de, Joseph, *Historia natural y moral de las Indias*, FCE, México, 1962.
- Alvarado Tezozómoc, Hernando de, *Crónica mexicana*, Porrúa, México, 1980.
- Cervantes de Salazar, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, Porrúa, México, 1985.
- Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme*, t. II, Porrúa, México, 1967.
- Lehmann, Walter y Gerd Kutscher, *Die Geschichte der Konigreiche von Culhuacan und Mexico*, Verlag W. Kohlhammer, Berlín, 1979.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 480 y 483.